

La leve gripe de Leopoldo Borges

Las crónicas del corazón de la Antigüedad registran que la infidelidad era entonces cosa seria. El adulterio no implicaba, como en la tibia actualidad, una simple riña conyugal, un divorcio o, en los casos de recíproca infidelidad, un silencio perpetuo de odio reprimido. En las altas esferas de aquellas remotas épocas, las consecuencias de la traición a la pareja eran más trágicas. Esto suponía un grave problema para los griegos, ya que Júpiter adolecía de una enfermedad, no diagnosticada, que años más tarde se bautizaría como hipersexualidad o satiriasis. Cuenta Ovidio que el enésimo calentón divino del padre de los dioses y de los hombres llevó a la muerte a los habitantes de una bella isla del golfo Sarónico. En uno de sus brotes, Júpiter sucumbió a los encantos de la bella ninfa Egina, y nueve meses más tarde nacía el futuro rey Éaco. Cuando años más tarde Juno se enteró de su existencia, la humillación le resultó insoportable. Con cierta sobreactuación, la consorte olímpica descargó su ira enviando una enfermedad pestífera a esas pobres gentes, cuyas gravísimas faltas eran ser gobernados por el fruto de la traición y, no sin cierto recochineo, haber puesto a la isla el nombre de la ninfa. Pero seguramente Juno ya limaba asperezas con Júpiter en algún rincón discreto del firmamento mientras, abajo, en el infierno insular, *los más empeñados en socorrer a los enfermos eran las primeras víctimas; los hombres, para acabar con sus males, se ahorcaban, prefiriendo esta trágica muerte a estar con aquella continua aprensión a morir; los muertos eran privados del honor de la sepultura, se les veía hacinados a las puertas de la ciudad; y las almas de niños, jóvenes y viejos descendían a los infiernos sin ser llorados.*

Ante tal horror, el rey Éaco *deseaba ardientemente correr la misma suerte que sus súbditos*, pero, como todo buen gobernante, acabó sobreviviendo a todos ellos. Júpiter se enfadó entonces consigo mismo, pues por culpa de su falta de autocontrol su bastardo estaba abatido y sin nadie a quien administrar. Así que revisó toda ley natural que él mismo había promulgado, y toda jurisprudencia que él mismo había establecido, hasta encontrar que las inmutables leyes de la consanguineidad amparaban su deseo de enmendar el error. Con el chasquido de un dedo, transformó las hormigas que había dentro de un roble en humanos.

Su hijo ya tenía tributarios. Salvo en opinión de los desaparecidos, que por razones obvias no consta en ninguna bibliografía, todo había vuelto a la normalidad.

Exactamente veintiún siglos después de que Ovidio inmortalizase el horror de la isla de Egina, Leopoldo Borges tosía en la entrada de la Sala de Vistas de un Juzgado de lo Penal cualquiera de Oviedo. Indignado, aleccionaba a los allí presentes, entre los que había compañeros y espectadores, también llamados procuradores, sobre la inmoralidad de la gestión de la crisis pandémica que azotaba al mundo. En el tedio de la espera repetía con vehemencia que no compartía la sacralización del miedo, convertido en virtud, y la transformación de la duda en pecado capital. Sólo un compañero le afeó sus opiniones defendiendo una cuarentena más severa e indefinida, deseando con mezquindad poder decir en un futuro no muy lejano: “*si ya lo decía yo...*”. Un funcionario gritó el nombre de Leopoldo Borges, interrumpiendo así el improvisado debate para alivio de los involuntarios asistentes, que desde hacía un rato bostezaban bajo sus mascarillas mientras asentían con escasa convicción.

Durante una de sus intervenciones entre carraspeos, Leopoldo Borges se vio interrumpido por el juez, que con preocupación reglamentaria le preguntó si se encontraba en buenas condiciones físicas para continuar. Se trata de un resfriado, señoría, que no hay quien aguante estos cambios de temperatura, dijo tragando saliva. Todos los presentes dieron por buena la explicación. Sólo un testigo sentado en la bancada frunció el ceño. Dudaba si la ceremonia exigía levantar la mano o ponerse de pie para intervenir, pero la prudencia protocolaria venció a la razón y no verbalizó sus reservas. Así que el acto siguió su curso habitual mientras el acusado volvía repetidamente la mirada hacia la puerta, como si estuviera asistiendo a una aburrida obra teatral de la que ya conocía el desenlace. Leopoldo Borges leyó sus conclusiones fingiendo improvisación, y cuando terminó vio cómo el juez decía “culpable” con una mirada esquiva.

Por la tarde, durante una reunión con sus socios, tuvo la sensación de que se ahogaba. Se levantó sin querer llamar la atención, pero un amago de desvanecimiento le traicionó. No tendrás el bicho, eh, cabrón, le dijo uno de sus socios con sorna. Es sólo una leve gripe, no me jodas, que no he estado en contacto con nadie, contestó. La reunión continuó sin él y sin mascarillas, pues,

a pesar de que aquellos eran días de confusión, era por todos pensado que dicha protección no tenía gran utilidad.

Leopoldo Borges atravesó el Paseo de los Álamos sin parar de toser. Giró en la calle San Francisco y la cadencia aumentaba. Cuando llegó a la plaza Porlier necesitó asirse al viajero de Úrculo para evitar desplomarse. Tuvo entonces un deseo irreprimible de viajar. No a paraísos lejanos ni a hostiles selvas de asfalto. Para él, viajar era escaparse al pequeño pueblo de La Isla, en Colunga. Como les sucedía a muchos de sus paisanos ovetenses, los oriundos del pueblo no compartían con él su sentimiento de pertenencia y le hacían sentir, siempre que tenían oportunidad, que no era uno de ellos. Quizás por eso La Isla era su rincón lejano. Inevitablemente pensó en Fermina Sotres. Sintió que ese pensamiento le delataba: el lugar que verdaderamente anhelaba era ella. Al borde del colapso se repetía que estaría dispuesto a ir cien veces de rodillas a La Isla y volver con tal de que ella aceptase darle otro beso. Hacía justo seis días que Fermina Sotres había decidido que su aventura había llegado a su fin.

Tendido en el suelo, Leopoldo Borges miraba al viajero de bronce, que impasible le negaba auxilio. Alguien llamó a una ambulancia. Tumbando en una camilla, asistido por un respirador, atravesaba las calles de la vetusta ciudad de Oviedo. A su paso la gente explotaba en emocionados aplausos de agradecimiento desde ventanas y balcones. Vecinos que antes se despreciaban en secreto se miraban ahora con tímidas sonrisas de aprobación, y surgía entre ellos una fraternidad que nunca hubieran imaginado. Ignoraban que sus bienintencionados aplausos convertían aquel espectáculo en algo parecido al cortejo fúnebre de una tonadillera, pues dentro del vehículo iba un hombre ya muerto. Desde uno de los balcones su mujer aplaudía con especial furor.

Existe un breve instante, justo antes de la muerte, en el que el cerebro, ese órgano traidor, intenta darse una última explicación a lo sucedido. Ese último juego macabro fue para Leopoldo Borges como sigue:

Pasea por arena con los pies descalzos. Su madre le sujeta la mano y le sonrío. Está en la Espasa, aunque por momentos parece deformarse y dar cabida a otras playas y otras rocas de su infancia. Una ola le baña los pies y, de repente, las manos se sueltan. Se da cuenta de que la mujer que antes sujetaba su mano

es Fermina Sotres, que ahora se aleja como un cervatillo asustado en dirección a unos puntos negros que invaden el final del arenal. No le da alcance, los saltitos de ella son ligeros mientras que sus pies se van hundiendo en una espesa arena. Ahora distingue los puntos negros que veía antes en la lejanía: son hormigas que se mueven desorientadas alrededor de un enorme roble. Transportan, haciendo malabares, móviles, ropa y todo tipo de cachivaches. Escucha un grito. Papá, papá. Es su hija. Va caminando detrás de él junto a su mujer, sus socios, el cliente que había asistido aquella mañana y una veintena de desconocidos. Pero él sigue en su empeño en alcanzar a Fermina Sotres. Cuando ya casi consigue tocarla, unos pescadores barbudos le cortan el paso y le empujan con desprecio. Nunca serás de aquí, de Fermina, le dicen. Un hombre vestido con toga le libera del acoso. Pronto se horroriza al ver que su salvador ha perdido el rostro y a través de un orificio invisible le susurra: culpable. Ahora corre más. Corre con culpa. Pero no le da caza y Fermina Sotres desaparece entre las raíces del roble. Desolado, mira al mar en busca de consuelo. Uno de los pescadores camina sobre las leves olas. Leopoldo Borges le lanza una sonrisa de complicidad, pero no es correspondido.

Junto al roble, un hombre desnudo y viejo arrastra como una maldición entre sus piernas a un animal mitológico. El hombre desnudo y viejo empieza a chasquear los dedos, y por cada chasquido salen del roble despavoridos miles de números de toda cifra y condición. Los más grandes son de cinco cifras, pero, como el resto, desaparecen a los pocos segundos, como olvidados. El monstruo que se arrastra en la entrepierna sobrehumana se carcajea ante la exhibición de poder, y Leopoldo Borges lo observa atentamente con cierto complejo. El hombre viejo le sorprende en su indiscreción. No parece ofenderse. Le guiña un ojo y con un gesto amable señala a una madriguera a los pies del roble. Obediente, Leopoldo Borges se introduce en el agujero haciendo gestos a su hija para que se aleje. Desea que, si ella llega a sobrevivir, recuerde que él no era un número.

Por Morgan Cruz